

salvarse ; á lo que contestó : Eso, mujer mia, está muy bien encargarlo á los particulares ; á los que mandan debe encargárseles que salven á los demas. Marchó pues al ejército, en el que como hubiese diversidad de opiniones entre los beotarcas, fue el primero en adherirse al dictámen de Epaminondas, que habia votado se marchara á dar batalla á los enemigos ; y sin embargo de que no se hallaba nombrado beotarca, aunque sí comandante de la cohorte sagrada, los atrajo á su parecer : consideracion debida á un hombre que tantas prendas habia dado para la libertad. Despues de resuelto el dar batalla, y que en las inmediaciones de Leuctras se pusieron los reales en oposicion á los de los Lacedemonios, tuvo Pelópidas entre sueños una vision, que le puso en grande sobresalto. Es de tenerse presente que en el territorio de Leuctras existe el sepulcro de las hijas de Esquedaso, á las que llaman las Leuctridas, por razon del sitio ; por quanto habiendo sido violentadas por unos forasteros esparciatas, se les dió allí sepultura. De resulta de esta terrible é injusta accion, el padre, como no hubiese alcanzado en Lacedemonia condigno castigo, hizo contra los Esparciatas las mas horribles imprecaciones, y luego se dió á sí mismo la muerte sobre el sepulcro de las doncellas. Tuvieron los Esparciatas frecuentemente oráculos y respuestas sobre que se precavieran y guardaran del castigo Leuctrico ; sino que muchos no lo entendian, y se quedaban confusos acerca del sitio, por quanto hay tambien una aldea de la Laconia á la parte del mar llamada Leuctron ; y en las cercanías de Megalópolis de Arcadia hay tambien otro sitio del mismo nombre : bien que el suceso de arriba era mas antiguo que estas Leuctras.

Durmiendo pues Pelópidas en el campamento le pareció estar viendo á aquellas jóvenes llorar sobre sus sepulcros, y hacer imprecaciones contra los Esparciatas ; y que Esquedaso le prevenia que sacrificase allí en honor de sus hijas una virgen rubia, si queria alcanzar victoria de sus enemigos. Por mas que el mandato le pareció duro é injusto, se levantó y fué á proponerlo á los agoreros y á los caudillos. Unos decian que no era cosa de despreciarlo ó de no creerlo,

produciendo los ejemplares de Meneceo el de Creon ; de Macaria la de Hércules ; mas adelante el de Ferecides el sabio, á quien los Lacedemonios dieron muerte, y cuya piel, segun cierto vaticinio, estaba confiada á la custodia de sus reyes ; el de Leonidas, que cumpliendo con el oráculo se ofreció en cierta manera en sacrificio por la salud de la Grecia ; y tambien el de los que fueron inmolados por Temístocles á Baco *Omesta* ó el Terrible, antes de darse el combate naval de Salamina ; de todos los cuales dan testimonio las mismas victimas. Por el otro extremo, habiendo pedido la Diosa á Agesilao, al modo que á Agamenon cuando hacia la guerra en los mismos lugares que este y contra los mismos enemigos, que le ofreciese en victima su hija, vision que tuvo en Aulide entre sueños ; como por ternura no hubiese hecho semejante ofrenda, tuvo que disolver el ejército, retirándose sin gloria ni utilidad. Otros al contrario sostenian que á la naturaleza excelente y superior á nosotros no podia serle agradable tan bárbaro é injusto sacrificio ; pues que no estamos sujetos al imperio de aquellos Titanes ó aquellos gigantes, sino al del padre de todos los Dioses y los hombres ; y el creer que hay genios maléficos que se complacen en la carnicería y la sangre de los hombres, debe probablemente tenerse por absurdo ; mas cuando los haya, debemos no hacer caso de ellos, como que nada pueden : pues que la impotencia y la perversidad de ánimo van naturalmente unidas á los irracionales y malignos deseos.

Estando los principales en esta conferencia, y Pelópidas sumamente dudoso, de pronto una yegua nuevecita se escapó de la manada corriendo por entre las armas, y llegando donde aquellos estaban se paró. A todos dió que observar el color de la clin resplandeciente como el fuego, su ufanía y la suavidad y apacibilidad de su relincho ; pero el agorero Teócrito, habiendo reflexionado un poco, dirigió la voz á Pelópidas, y exclamó : La víctima, ó bienhadado, te se ha venido á la mano : no esperemos ya otra virgen, valte de aquella que Dios te ha presentado. Echaron entonces mano á la yegua, la llevaron á la sepultura de las doncellas, donde haciendo plegarias y poniéndole coronas, la degollaron ale-

gres, haciendo correr por el ejército la voz del ensueño de Pelópidas, y del sacrificio.

En la batalla Epaminondas marchó oblicuamente con la infantería y fue dilatando su ala izquierda, para llevar lo mas lejos posible de los demas Griegos la derecha de los Esparciatas, y para rechazar con ímpetu y á viva fuerza á Cleombroto que la mandaba. Los enemigos advirtieron lo que pasaba, y empezaron á hacer mudanza en su formacion, extendiendo y encorvando la derecha, como para envolver y encerrar á Epaminondas con su muchedumbre. En esto Pelópidas acelerando el paso, y haciendo una conversion con sus trescientos, se adelanta corriendo antes que Cleombroto desplegue su ala, ó que la vuelva á su estado cerrando la formacion, y cae sobre los Lacedemonios cuando no estaban á pie firme, sino en cierta confusion y desórden. Es el caso que siendo los Esparciatas los mas aventajados artifices y maestros en las cosas de la guerra, en nada ponian mas cuidado ni se ejercitaban mas que en no separarse ni confundir ó desordenar la formacion, y antes hacer todos de tribunos y cabos, para poder donde los cogiese la pelea y el riesgo cargar y combatir con mayor union; pero entonces la direccion de Epaminondas con la falange contra aquellos solos, pasando de largo por los demas, y el haber sobrevenido Pelópidas con increíble rapidez y ardimento, de tal manera desconcertó sus planes y toda su ciencia, que hubo de parte de los Esparciatas, una foga y una matanza cuales nunca se habian visto. Así sucedió que igual parte de gloria que á Epaminondas beotarca y general de todas las tropas, cupo por victoria y triunfo tan señalados al que no era beotarca, ni mandaba sino á muy pocos.

Invadieron ambos beotarcas el Peloponeso, y atrajeron á su partido la mayor parte de los pueblos, separándolos del de los Lacedemonios: á Elás, Argos, toda la Arcadia y aun la mayor parte de la Laconia. Sucedió esto en el mismo trópico del invierno al acabarse ya el último mes, del que faltaban muy pocos dias, y era preciso que otros magistrados tomaran el mando al entrar el primer mes, ó sufrir pena de muerte los que no lo depusiesen. Los otros beotarcas por te-

mor de esta ley, y por guardarse de la mala estacion, solian apresurarse á volver en ella el ejército á casa; mas entonces Pelópidas fue el primero que adhiriéndose al voto de Epaminondas, y acalorando á los ciudadanos, guió para Esparta; y pasando el Eurotas, les tomó muchas ciudades, y taló el pais hasta el mar, acaudillando setenta mil soldados griegos, de los que no eran los Tebanos ni una duodécima parte; sino que la gloria de tales varones, aun prescindiendo de la opinion y resolucion comun, hacia que siguiesen tranquilamente los aliados cuando estos los mandaban; porque la primera y mas poderosa ley de todas da el mando sobre el que tiene necesidad de salud, al que puede salvarlo: á la manera que los navegantes mientras hay serenidad, ó caminan por la costa, tratan con desden y aun con altanería á los pilotos; pero luego que aparece la tormenta y el peligro, á estos vuelven los ojos y en ellos ponen toda su confianza. Así es, que los Argivos, los Eleatas y los Arcades que en los congresos contendian y altercaban con los Tebanos por el mando, en los combates y en los apuros espontáneamente se sometian, sujetándose al mando de sus generales. En aquella expedicion redujeron á un solo imperio toda la Arcadia; y ocupando la provincia de Mesenia, de la que estaban en posesion los Esparciatas, llamaron y restituyeron á ella á los antiguos Mesenios, volviendo á poblar á Itomes. Al retirarse á casa por Cencrea, vencieron á los Atenienses, que trataron de oponérseles en las gargantas, é impedirles el paso.

Con tales hechos todos estaban tan complacidos de su virtud como admirados de su buena suerte; pero la envidia, inseparable de las ciudades capitales, y que crece en proporcion de la gloria de los hombres grandes, no les tenia dispuesto el mejor ni el mas correspondiente recibimiento; pues ambos á su vuelta tuvieron que defenderse en causa capital, porque previniendo la ley que en el primer mes, al que dan el nombre de Bucacion, entregasen á otros la beotarquia, la habian retenido por otros cuatro meses íntegros, que fue en los que no dejaron de la mano las empresas de Mesena, de la Arcadia y la Laconia. El primero llamado á

juicio fue Pelópidas; y por lo mismo fue tambien el que estuvo mas expuesto; aunque al cabo ambos fueron absueltos. En la injusta prueba de esta acusacion Epaminondas mostró mucha serenidad, sabiendo que en las cosas políticas la paciencia es una gran parte de la fortaleza y de la magnanimidad; mas Pelópidas que de suyo era menos sufrido, y ademas se veia incitado de los amigos á que por aquella persecucion se vengase de sus contrarios, no omitió aprovechar la siguiente ocasion. Meneclidas el orador habia sido uno de los que con Pelópidas y Melon se habian reunido en casa de Caron; mas porque no habian hecho los Tebanos tanto caso de él, á causa de que si bien no podia negársele su habilidad en el decir, era por otra parte desarreglado y de mala conducta; empleaba su talento en suscitar toda especie de acusaciones y calumnias á los mas distinguidos, no dándose por vencido aun despues de la mencionada causa. Y á Epaminondas logró excluirlo de la beotarquia, y por largo tiempo lo tuvo fuera de los negocios; á Pelópidas no pudo desconceptuarlo con el pueblo; mas á falta de esto procuró indisponerle con Caron: y es que como todos los envidiosos hallan consuelo, ya que ellos no pueden ganarse mas aprecio, en hacer que se rebaje el de los otros, ponía gran conato en ensalzar ante el pueblo las hazañas de Caron, y en celebrar sus expediciones y sus victorias. Con esta mira trató de que de la expedicion de Platea, en la que los Tebanos antes de la jornada de Leuctras alcanzaron alguna ventaja yendo Caron de caudillo, se fijara un público monumento por este término. Androcídes de Cicico habia recibido de la ciudad el encargo de pintar en un cuadro otra distinta batalla, y estaba en Tebas mismo trabajando en él; mas como luego hubiese ocurrido aquella rebelion, y sobrevenido la guerra cuando ya estaba muy cerca de concluirse, los Tebanos se quedaron con el cuadro. Pues este era el que Meneclidas trataba de que se consagrara á la memoria de Caron, haciendo poner en él su nombre para marchitar la gloria de Pelópidas y Epaminondas. Era empeño muy necio con batallas y triunfos tan señalados querer poner en contienda un oscuro encuentro y dar valor á una victoria, en

la que fuera de la muerte de un Geradas, de poco nombre entre los Esparciatas, y las de otros cuarenta, no hay memoria de que se hubiese hecho cosa que mereciese atencion. Pelópidas salió al encuentro de este proyecto de decreto, y lo notó de injusto, apoyándose en que entre los Tebanos no estaba recibido que el honor se atribuyera privadamente á un hombre solo, sino que el nombre y el honor de la victoria quedase íntegro para la patria. Y lo que es á Caron le elogió constante y profusamente en su discurso; pero haciendo ver el desarreglo y la malignidad de Meneclidas, se le multase en una suma muy crecida; y como no pudiese pagarla, últimamente intentó alterar ó trastornar el gobierno. Esto tambien pertenece al exámen de estas vidas que escribimos.

Hacia á la sazón la guerra Alejandro, tirano de Feres, á las claras á muchos de los Tesalios; pero en la intencion y con asechanzas á todos; por lo que las ciudades enviaron mensajeros á Tebas, pidiendo un general y tropas; y como Pelópidas viese á Epaminondas ocupado en proseguir las empresas del Pelopeneso, se escogió á sí mismo, y como que se repartió, para el auxilio de los Tesalios; no sufriendo por una parte tener ociosos sus conocimientos y sus fuerzas; y no creyendo por otra que donde estaba Epaminondas hiciese falta otro general. Apenas se encaminó á la Tesalia con algunas fuerzas, tomó inmediatamente á Larisa; y como Alejandro viniese á él con ruegos, trató de trasformarle, y de tirano convertirle en un monarca benigno y justo para los Tesalios. Mas él era insufrible y feroz, y ademas se le atribuya mucha crueldad, mucha insolencia y avaricia; por lo que, como Pelópidas se irritase é incomodase con él, se retiró á toda priesa con los de su guardia. Pelópidas, habiendo proporcionado á los Tesalios gran seguridad de parte del tirano, y gran union y concordia entre sí mismos, partió para la Macedonia, por quanto haciendo la guerra Tolomeo á Alejandro, que reinaba sobre los Macedonios, ambos le llamaban para que entre ellos fuese un árbitro y un juez, y un aliado y auxiliar del que pareciese habia sufrido injusticia. Llegado allá, compuso sus diferencias, y

restituyendo á los desterrados, recibió en rehenes á Filipo, y á otros treinta jóvenes de los mas principales, los que condujo á Tebas, haciendo ver á los Griegos á qué grado de consideracion habian subido las cosas de los Tebanos por la opinion de su poder, y por la confianza en su justicia. Este es el mismo Filipo que despues hizo la guerra á los Griegos contra su libertad; el cual todavía jóven entonces pasó en Tebas su vida en casa de Pamenes. Ya desde aquella época parece que se hizo imitador de Epaminondas, llegando quizá á alcanzar su actividad en las cosas de la guerra y en las campañas, que era la parte menos principal de las virtudes de este héroe; pero de su tolerancia, de su justicia, su magnanimidad y su mansedumbre, en las que era verdaderamente grande, no pudo Filipo participar nada, ni por naturaleza, ni por imitacion.

Como de allí á poco volviesen los Tesalios á quejarse de que Alejandro de Feres vejaba á las ciudades, fue Pelópidas enviado por mensajero juntamente con Ismenias, y se presentó sin llevar tropas de Tebas, y sin ir apercibido para la guerra, siéndole preciso valerse de los mismos Tesalios para lo que pudiera ofrecerse. Turbáronse tambien otra vez á este mismo tiempo las cosas de Macedonia, porque Tolomeo dió muerte al Rey, apoderándose de la autoridad, y los amigos de este, llamaron á Pelópidas, el cual queria intervenir en aquellos negocios; mas no teniendo tropas propias, tomó allí mismo algunos estipendiarios, y con estos marchó sin detenerse contra Tolomeo. Luego que estuvieron cerca uno de otro, Tolomeo corrompió con algunas sumas á estos estipendiarios, logrando que se le pasasen; pero al mismo tiempo temiendo la gloria y el nombre de Pelópidas, le salió al encuentro como á superior, le dió la diestra, y le hizo ruegos, conviniendo en que conservaria la autoridad real á los hermanos del muerto, y en que con los Tebanos tendria á unos mismos por amigos y por enemigos, entregando en rehenes para el cumplimiento á su hijo Filoxeno y cincuenta de sus amigos. Envio á estos Pelópidas á Tebas, y conservando el resentimiento por la traicion de los estipendiarios, como supiesese que la mayor parte de sus riquezas, sus hi-

jos y sus mujeres los tenian en Farsalo, de manera que con apoderarse de estos tomarian bastante satisfaccion de su ultraje; reunió algunos Tesalios, y marchó con ellos á Farsalo; mas á poco de haber llegado se presentó Alejandro el tirano con sus tropas. Pensó Pelópidas que venia á darle excusas: así no tuvo inconveniente en dirigirse á él, pues aunque era cruel y asesino, por respeto á Tebas y á su misma autoridad y gloria, no temia que nada malo pudiera sucederle. Mas este, viendo que iba solo y sin armas, al punto le echó mano, y se apoderó de Farsalo. Infundió esto sumo terror y susto á los que le obedecian, como que despues de semejante injusticia y arrojo, ya á nadie perdonaria, sino que segun las ocurrencias se portaria en los negocios y con los hombres como quien por desesperacion habia echado enteramente el pecho al agua.

Irritáronse los Tebanos con estas nuevas, y al punto decretaron la formacion de un ejército; pero por cierto enfado con Epaminondas nombraron otros generales. El tirano en tanto hizo conducir á Feres á Pelópidas, permitiendo al principio que le hablaran los que quisieran, creyendo que los trabajos le harian apacible y doblarian su ánimo; pero como Pelópidas exhortase á los Tesalios que lamentaban su suerte, á que no desconfiasen, pues entonces era mas cierto que el tirano tendria su merecido, y á este mismo le enviase á decir, era cosa muy extraña que continuamente estuviese dando tormentos y la muerte á miserables ciudadanos que en nada le ofendian, y que á él le dejase, cuando debia conocer que habia de ser el primero á castigarle, si tenia medio de huir: maravillado de semejante entereza é impavidez: « ¿ Por qué, exclamó, se empeña Pelópidas en apresurar su muerte? » y habiéndolo este entendido, respondió: « Para que tú perezcas mas pronto y mas en la ira de los Dioses. » Con este motivo prohibió que nadie de los de fuera de casa pudiera hablarle. Teba, hija de Jason y mujer de Alejandro, sabedora por los que custodiaban á Pelópidas de su firmeza y de la elevacion de sus sentimientos, deseó conocerle y tratar con él conversacion. Fué pues á verle; y como mujer, no advirtió al primer aspecto la entereza que conservaba en

medio de su triste estado; y antes considerando por el desaseo de su cabello y barba, por su gastada ropa, y por el modo con que se le trataba, que se le hacia pasar por lo que no correspondia á la autoridad de su persona, se echó á llorar. A Pelópidas, que no sabia quien fuese aquella mujer, le causó admiracion; mas luego que lo supo, la saludó por su nombre de familia, por ser amigo íntimo de Jason; y como aquella le dijese: « ¡ Cuánto compadezco á vuestra mujer! Yo tambien á vos, le respondió, porque estando sin prisiones, aguantais á Alejandro. » Por este término se insinuó en el ánimo de Teba, que no podia efectivamente sufrir la crueldad y las maldades del tirano; el cual habia llegado en ellas hasta el extremo de haber hecho sufrir la última afrenta al mas mocito de los hermanos de la misma Teba. Así es que frecuentemente visitaba á Pelópidas, y franqueándose con él sobre lo que padecia, su ánimo se llenó de ira, de encono y de despecho contra Alejandro.

Los generales tebanos, habiendo invadido la Tesalia, por impericia y algun casual descalabro se retiraron sin haber contribuido en nada al objeto de la expedicion; y la ciudad, despues de haber multado á cada uno de ellos en diez mil dracmas, confió á Epaminondas el mando del ejército. Al punto pues hubo grandes alteraciones entre los Tesalios, alentados con la fama del general; y las cosas del tirano se pusieron en estado de no ser necesario gran poder para echarlas por tierra: ¡ tal fue el miedo que sobrecogió á sus generales y sus amigos! ¡ tal el ansia que nació en sus súbditos de abandonarle! y ¡ tal el gozo por lo que esperaban pareciéndoles estar ya en el momento de ver al tirano expiar sus crímenes. Pero Epaminondas, prefiriendo á su propia gloria el salvar á Pelópidas, y temiendo no fuera que si las cosas se revolvan, Alejandro en un acceso de desesperacion se convirtiese, á la manera de las fieras, contra aquel, iba conllevando la guerra, y como tomando rodeos; así con las disposiciones y la vigilancia hizo tambien que el tirano se preparara y estuviese en inquietud; mas de manera que no se debilitara su confianza y engreimiento, ni se inflamara su cólera y aspereza. Porque sabia llegar á tanto su cruel-

dad y su desprecio de lo honesto y de lo justo, que á unos hombres los hacia enterrar vivos, y á otros los cubria con pieles de jabalíes y de osos, y azuzaba contra ellos perros de caza para que los despedazasen; ó les lanzaba dardos, entreteniéndose con esta diversion. En las ciudades de Melibeia y Escotusa, amigas y protegidas por tratados, cercándolas en el acto de celebrar sus juntas públicas, dió muerte á todos los habitantes; y la lanza con que traspasó á su tío Polifron la consagró y coronó y le hizo sacrificios como á un Dios llamándole *Ticon* (1). Habiendo visto en cierta ocasion á un cómico representar las Troyanas de Eurípides, se salió á toda priesa del teatro, y envió á decir al representante que estuviese con tranquilidad y nada malo sospechase de aquel hecho: pues no se habia retirado por hacerle desprecio, sino por no sufrir ante los ciudadanos la vergüenza de que no habiendo mostrado compasion por ninguno de tantos como habia hecho matar, le vieran llorar por los infortunios de Hecuba y Andrómaca. Mas con todo sobrecogido con la gloria y el nombre de Epaminondas y con todo el aparato de su expedicion,

Dobló este gallo como esclavo el ala,

y envió bien pronto quien con aquel le pusiese en buen lugar. Epaminondas no condescendió con que por parte de los Tebanos se hiciese paz y amistad con un hombre semejante: solamente pactó treguas de treinta dias, y recobrando á Pelópidas é Ismenias, hizo su retirada.

Noticiosos los Tebanos de que los Lacedemonios y los Atenienses habian enviado embajadores al gran Rey para negociar una alianza, mandaron tambien por su parte á Pelópidas, con muy buen consejo á causa de su gran nombradía. Ya desde el principio al pasar por las provincias del Rey, fue muy considerado é hizo gran ruido: porque no cundió tibiamente, ó como rumor vago por el Asia la fama de los encuentros sostenidos contra los Lacedemonios, sino que apenas se divulgó la voz de la batalla de Leuctras, aumentada é

(1) Es voz que viene de τύχη, que significa fortuna, y por esta causa le vino á hacer el Dios Ticon.

impelida cada dia con algun nuevo triunfo, se extendió hasta los países mas remotos. Así cuando llegó al palacio, apenas le vieron los sátrapas, los de la guardia y los generales, comenzaron con admiracion á decirse : Este es el que derribó el imperio de la tierra y del mar, de que estaban apoderados los Lacedemonios, y el que contuvo entre el Taigeto y el Eurotas aquella Esparta, que poco antes habia hecho la guerra al gran Rey y á los Persas, llevándola hasta Suza y Ecbatana por medio de Agesilao. A Artajerges le habian sido de gran placer estos sucesos : así mostró admirar á Pelópidas aun mas allá de su fama; y quizo hacer ostentacion de que le honraba y obsequiaba sobre cuantos habian merecido su estimacion. Túvole todavía en mas luego que vió su figura, y que oyó sus razonamientos, mas enérgicos que los de los Atenienses, y mas sencillos que los de los Lacedemonios; y como sucede ordinariamente á los Reyes, no disimuló su aprecio hácia tan singular varon, ni se ocultó á los otros embajadores que le trataba con mayor distincion. Entre todos los Griegos parece haber sido el Lacedemonio Antalcidas quien de él habia recibido mas señalado honor, qual fue el de haberle enviado bañada en esencias la corona que mientras bebia ornaba su cabeza. A Pelópidas no le hizo un regalo igual; pero le envió presentes ricos y del mayor valor, y condescendió con sus proposiciones : « que fuesen independientes todos los Griegos, y se repoblase Mesena; y que los Tebanos fuesen tenidos por amigos hereditarios del Rey. » Recibida esta respuesta, y de los dones solos los que pudieran ser una muestra de aprecio y benevolencia, se restituyó á su patria; con lo que todavía quedaron mas desacreditados los otros embajadores. Así los Atenienses, puesto en juicio Timágoras, le condenaron á muerte : si fue por el exceso de los dones, justísimamente; pues no solo admitió oro y plata, sino un lecho de grandísimo precio, y esclavos que lo preparasen, como si los Griegos no supiesen este ministerio; y ademas de esto ochenta vacas con sus vaqueros, porque necesitaba tomar la leche para cierta enfermedad. Finalmente fue conducido en silla de manos hasta el mar, siendo el Rey quien pagó á los mozos el jornal. Mas no parece haber sido este soborno lo

que principalmente irritó á los Atenienses; pues que á Epícrates el Cosario, que no negaba haber recibido regalos del Rey, y que se atrevió á presentar un proyecto de decreto para que cada año en lugar de los nueve arcontes se nombrasen nueve embajadores cerca del Rey, tomados entre los plebeyos y pobres, á fin de que volvieran ricos, el pueblo se lo tomó á risa : por tanto su principal encono fue porque todo se hizo en consideracion á los Tebanos, sin reflexionar que la gloria de Pelópidas era de mas influjo que los discursos y las palabrerías para con un hombre que siempre se ponía de parte de los que en las armas eran superiores.

Concilió esta embajada no pequeña consideracion á Pelópidas en su vuelta, tanto por la repoblacion de Mesena, como por la independenciam de todas las ciudades griegas. En tanto Alejandro de Feres habia descubierto otra vez su carácter, destruyendo no pocas ciudades de las de Tesalia, y poniendo guarniciones en la Ptiotide, en la Acaya, y por toda la Magnesia; y noticiosas las demas ciudades del regreso de Pelópidas, enviaron al punto embajadores á Tebas, pidiendo tropas, y á este por caudillo. Decretóse así sin tardanza, y hechos prontamente todos los preparativos, cuando el general estaba para partir hubo un eclipse de sol, y en medio del dia quedó la ciudad en tinieblas. Pelópidas, viéndolos á todos consternados con este accidente, creyó que no convenia violentarlos en su terror y desaliento, ni tampoco aventurar en la empresa las vidas de siete mil ciudadanos : así ofreciéndose por sí solo á los Tesalios, y tomando únicamente consigo trescientos extranjeros de á caballo que voluntariamente le siguieron, partió contra la opinion de los agoreros y el deseo de los demas ciudadanos : por parecerles que aquella señal del cielo no se hacia sino por un varon ilustre. El por otra parte estaba muy acalorado contra Alejandro por las ofensas que le habia hecho, y esperaba tambien encontrar su misma casa indispueta, y enconada contra él por las conversaciones que habia tenido con Teba. Mas lo que sobre todo le atraía era lo brillante de la accion; pues cuando los Lacedemonios habian enviado á Dionisio, el tirano de Sicilia, generales y gobernadores, y cuando los Atenienses recibían

sueldo del mismo Alejandro, y le habian puesto una estatua de bronce como á bienhechor, entonces mismo se afanaba él, y aspiraba al honor de hacer ver á los Griegos que solos los de Tebas hacian guerra á los tiranos, y quebrantaban en la Grecia los poderios violentos é injustos.

Luego que llegó á Farsalo reunió sus tropas, y marchó sin dilacion contra Alejandro; el cual, viendo pocos Tebanos al lado de Pelópidas, y que él tenia mas que doble infantería de Tesalios, le salió al encuentro junto al templo de Tetis; y como alguno le dijese á Pelópidas que el tirano venia con mucha gente: Mejor, respondió, con eso serán mas los que venzamos. Extiéndense hácia el medio de las llamadas Cinocéfalas varios collados de bastante inclinacion y altura, y unos y otros se dirigieron á ocuparlos con la infantería; y al propio tiempo Pelópidas mandó á los suyos de á caballo, que eran muchos y excelentes, que se batiesen con la caballería enemiga. Vencieron estos, y bajaron á la llanura en persecucion de los fugitivos; mas se vió que Alejandro habia tomado las alturas, y que acometiendo á la infantería tesaliana, que se habia rezagado, y se encaminaba á los puntos mas fuertes y elevados, dió muerte á los primeros, y los demas, siendo ofendidos, nada hacian por su parte. Advertido pues esto por Pelópidas, llamó á los de á caballo, y les dió orden de que corriesen contra lo mas apiñado de los enemigos, y él mismo, embrazando el escudo, marchó de carrera á unirse con los que peleaban en los collados; y penetrando por la retaguardia hasta los primeros, infundió en todos tal valor y aliento, que aun á los mismos enemigos les pareció ser aquellos otros hombres en el cuerpo y en el espíritu; y sí bien estos rechazaron dos ó tres choques, al ver que todavía volvian con ímpetu, y que la caballería dejaba el alcance, cedieron por fin, y se retiraron. Pelópidas desde la eminencia viendo toda la hueste de los enemigos, no puesta en fuga, pero sí ya en gran confusion y desórden, se detuvo un poco á mirar, en busca del mismo Alejandro; y cuando observó que estaba en el ala derecha animando y ordenando á sus estipendiarios, no hizo uso de la razon para refrenar la ira, sino que inflamado con

su vista, y abandonando á la cólera su persona y el mando, se adelantó á todos los demas, clamando y llamando á gritos al tirano, el cual estuvo bien distante de sostener el ímpetu y de aguardar, sino que dando á correr hácia los estipendiarios, se escondió. Y los primeros de estos, que hicieron oposicion, fueron cortados por Pelópidas, y aun algunos heridos y muertos; pero los demas, hiriéndole de lejos con las lanzas, acabaron con él, mientras que los Tesalios venian á carrera desde los collados en su auxilio. Cuando ya habia muerto acudieron tambien los de á caballo, y pusieron en huida todo el ejército, persiguiéndole gran trecho, y llenaron aquella llanura de cadáveres, tanto que fueron mas de tres mil á los que dieron muerte.

Que los Tebanos, presentes á la muerte de Pelópidas, cayesen en el mayor desconsuelo, llamándole padre, salvador y maestro de los mayores y mas apreciables bienes, nada tiene de extraño; pero el que los Tesalios pasasen con sus decretos la raya de cuanto honor puede dispensarse á la humana virtud, esto fue lo que principalmente manifestó en sus demostraciones el aprecio y gratitud con que le miraban. Porque se dice que cuantos concurrieron á aquella batalla, ni se quitaron la coraza, ni desensillaron los caballos, ni se curaron las heridas luego que llegó á su noticia aquel infausto suceso, sino que corriendo como se hallaban adonde estaba el cadáver, como si hubiera de sentirlo, pusieron alrededor de su campo en monton los despojos de los enemigos; cortaron las clines á los caballos, y se cortaron tambien el cabello, y que muchos yendo despues á las tiendas, ni encendieron fuego ni se sentaron á comer, sino que el silencio y la pesadumbre se difundió por todo el campamento, como sino hubieran alcanzado la mayor y mas completa victoria, si no que mas bien hubiesen sido vencidos y esclavizados por el tirano. De las ciudades, luego que corrió la nueva, vinieron las autoridades, y con ellas los mancebos, los muchachos y los sacerdotes, para recibir el cuerpo, trayendo para adornarle trofeos, coronas y armaduras de oro. Llegado el momento de haberse de conducir el cadáver, adelantándose los Tesalios de mas propecta

edad, pidieron á los Tebanos que les permitieran darle sepultura; y uno de ellos habló de esta manera: Os pedimos, ó aliados nuestros, una gracia que nos ha de servir de honor y de consuelo: pues no hacen la corte los Tesalios á Pelópidas, todavía vivo, ni en tiempo que pueda sentirlo le retribuyen los correspondientes honores, sino que con sernos permitido tocar su cadáver, hacerle las debidas éxequias, y sepultar su cuerpo, parecerá que debe creérsenos si decimos que esta calamidad es mayor para nosotros que para los Tebanos: pues que vosotros solo habeis perdido un excelente general, cuando nosotros, además de esta pérdida, hemos sido privados de la libertad. ¿Y cómo ya nos atreveremos á pedirnos otro general, no restituyéndoos á Pelópidas? Condescendieron pues los Tebanos con sus ruegos.

Ciertamente que no habrá habido éxequias mas magníficas que estas, á juicio de los que no colocando lo magnífico en el marfil, en el oro y en la púrpura, se distinguen de Filisto, que cantó y engrandeció el enterramiento de Dionisio, haciéndolo el desenlace teatral de su tiranía, como si fuera el de una gran tragedia. También Alejandro el Grande, muerto Efestion, no solo esquiló las cines de los caballos y de las acémilas, sino que quitó las almenas de los muros, para dar á entender que las ciudades lloraban, habiendo tomado aquel aspecto lúgubre y humilde en lugar de su antigua belleza. Mas todos estos no son sino preceptos de tiranos, impuestos por necesidad, para envidia de aquellos en favor de quienes se expiden, y en mas odio de los que para ellos emplean la fuerza; y lejos de ser expresiones de gratitud y honor, no lo son sino de un fasto bárbaro y de ostentacion, y molicie de hombres que gastan su caudal en cosas vanas indignas de imitarse. Por el contrario, el que un hombre popular, muerto en tierra extraña, sin hallarse presentes su mujer, sus hijos ó sus deudos, sin que nadie lo exija y menos lo mande, sea honrado en sus éxequias por tantas ciudades y pueblos reunidos, que llevan y coronan su féretro; esto debe con justa razon parecer el complemento de la felicidad: porque no es la mas triste, como Esopo dijo, la muerte del hombre dichoso, sino antes la mas bien-

venturada, por haber puesto ya en lugar seguro sus buenas acciones, y haberse quitado del alcance de las mudanzas de fortuna. Por tanto mejor lo entendió aquel Lacedemonio, que á Diágoras, triunfador en Olimpia, que alcanzó á ver á sus hijos coronados en los juegos, y nietos de hijos é hijas, le saludó diciéndole: Muérete, ó Diágoras, pues que no has de subir á otro Olimpo. Pues todas las victorias Olímpicas y Píticas juntas no creo que hubiese quien las comparase con uno de los combates de Pelópidas; el cual habiendo reñido muchas lides, vencedor en todas; y habiendo pasado la mayor parte de su vida en el honor y la gloria, últimamente en su décimatercia beotarquia, despues de haber alcanzado el prez del valor sobre muerte de un tirano, dió su vida por la libertad de la Tesalia.

Si su muerte causó sumo pesar á los aliados, todavía les fue de mayor provecho, porque los Tebanos luego que tuvieron noticia del fallecimiento de Pelópidas, no poniendo dilacion ninguna en el castigo, dispusieron inmediatamente una expedicion de siete mil infantes y ochocientos caballos, al mando de Malquites y Diogiton, los cuales llegando á tiempo en que Alejandro todavía estaba escaso y debilitado de fuerzas, le obligaron á que restituyese á los Tesalios las ciudades que les habia tomado; á que dejase en paz á los de Magnesia, de la Ptiotide y de la Acaya, retirando las guarniciones, y á que pactase con ellos en un tratado, que adonde quiera que los Tebanos se dieron por satisfechos. Ahora referiremos cuál fue la venganza que los Dioses tomaron de Alejandro, á causa de Pelópidas. Ya este habia antes enseñado á Teba, como arriba dijimos, á no mirar con miedo la brillantez y aparato exterior de la tiranía, que interiormente se sostenia solo con algunas armas y algunos transfugas: además rezelosa siempre de su infidelidad, é indignada de su fiereza, trató y convino con sus hermanos, que eran tres, Tisifono, Pitolao y Licofron, el deshacerse de él de esta manera. Todo el resto de la casa estaba al cuidado de aquellos guardias á quienes tocaba custodiarle por la noche; pero del dormitorio en que solia acostarse, que estaba en alto, era único centinela, puesto delante de él, un

perro atado, temible á todos, sino á ellos dos, y al que le daba de comer. Al tiempo concertado para el hecho, Teba desde antes de la noche tenia ocultos á los hermanos en una casa vecina : entró sola, como lo tenia de costumbre, al cuarto de Alejandro, que ya estaba dormido : salió de allí á poco, y mandó al esclavo que se llevara á fuera el perro, porque este queria reposar con el mayor sosiego : inmediatamente para precaver que la escalera hiciese ruido al subir los hermanos, tendió lana por toda ella : trajo luego á los hermanos armados, y dejándolos á la puerta, entró al dormitorio, y sacó la espada que Alejandro tenia colgada sobre el lecho, siendo esta la seña que se tenían dada para entender que este dormia, y que era el momento de sorprenderle. Como entonces se acobardasen aquellos jóvenes y se detuviesen, empezó á motejarlos, y á amenazarlos con que despertaria á Alejandro, y le descubriria el designio ; y entonces entre avergonzados y medrosos los introdujo, y los colocó al rededor del lecho, llevando luz. Sujetóle el uno por los pies, el otro le tomó la cabeza por los cabellos, y el tercero le pasó con la espada ; muriendo, atendida la celebridad del hecho, quizá mas pronto de lo que fuera razon ; y solo en haber sido el primer tirano muerto por su mujer, y en la afrenta que sufrió su cadáver, siendo arrojado al suelo, y hollado por los de Feres, puede decirse que tuvo el fin debido á sus maldades.



MARCELO.

Es opinion que Marco Claudio, el que fue en Roma cinco veces cónsul, era hijo de otro Marco ; y que entre los de su casa empezaron á llamarle Marcelo, lo que se interpreta Marcial, segun nos dejó escrito Posidonio ; porque realmente era guerrero en el ejercicio y los conocimientos ; en su cuerpo, robusto, en las manos, ágil, y en su índole muy inclinado á la

guerra ; y si bien en los combates se mostraba intrépido y fiero, en todo lo demas era prudente y humano y aficionado á la literatura y escritos de los Griegos, hasta apreciar y admirar á los que en aquella sobresalian ; aunque por sus ocupaciones no le fue dado aprender y ejercitarse en ella segun sus deseos. Porque si Dios á algunos hombres, como dice Homero,

De juventud hasta la edad cansada
Les concedió acabar sangrientas lides ;

esto se verificó tambien con los principales Romanos de aquella edad ; los cuales de jóvenes hicieron la guerra á los Cartagineses en Sicilia ; en la edad varonil á los Galos por defender la Italia ; y en la vejez otra vez á Anibal y los Cartagineses, no pudiendo tener, como otros, reposo en sus últimos años ; sino siendo llamado continuamente á los ejércitos y á los mandos, segun su generosa índole y su virtud.

En todo género de lid era Marcelo diestro y ejercitado ; pero en los duelos y desafios parece que aun se excedia á sí mismo : así no hubo desafio que no aceptase, y en ninguno dejó de dar muerte á sus contrarios. En Sicilia salvó á su hermano Otacilio que estaba para perecer, protegiéndole con su escudo, y dando muerte á los que le habian acosado : accion por la que, siendo todavía mozo, obtuvo de los generales coronas y premios. Como hubiese adelantado en la pública estimacion, el pueblo le nombró edil, una de las mas brillantes dignidades, y los sacerdotes agorero, que es una especie de sacerdocio, al que la ley concedió la investigacion y conservacion de la adivinacion por las aves. Siendo edil se vió en la necesidad de seguir una causa muy repugnante ; porque tenia un hijo de su mismo nombre, dotado de singular belleza, y al mismo tiempo muy estimado de los ciudadanos por su modestia é instruccion, y Capitolino, colega de Marcelo, hombre vicioso y disoluto, le requirió de amores. El jóven al principio guardó dentro de su pecho aquel mal intento ; mas como aquel hubiese repetido, y él lo hubiese revelado á su padre, indignado Marcelo, acusó á su colega ante el Senado. Puso el denunciado por obra toda especie